

RETRATOS  
VISTAS DE TODOS LOS PAISES  
MONUMENTOS  
No se devuelven los originales  
que se reciben.

# EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES  
LAMINAS DE LA GUERRA  
CARICATURAS

Se regala á los suscritores el  
Almanaque de la Ilustración.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.  
NÚMERO DIEZ DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 15 DE MARZO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.  
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.



## CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Una contrariedad terrible nos impide publicar artículo de actualidades. Al tiempo de cerrar este número, horas antes de su impresion, mandamos á un dependiente que nos llevara unas cartas al correo y un artículo á la imprenta. El desgraciado cambió los encargos; echó al buzón de correos el artículo y llevó las cartas á la imprenta. Los cajistas no han reparado tampoco la equivocacion, y ya no es tiempo de reparar el daño.

Lo único que nos consuela es que así llegarán las cartas á su destino, sin pagar el importe de los sellos de franqueo.

Sr. D. Lucas Jimenez y Cid.  
(Villacañeros.)

Muy Sr. mio: He leído con el más justificado interés el drama que ha tenido V. la bondad de remitirme para que se represente en alguno de los teatros de Madrid; pero antes de presentarlo creo que sería muy conveniente que hiciera algunas modificaciones, que me voy á tomar la libertad de indicarle. El monólogo del barba podría reducirse muy bien á tres ó cuatro mil versos, pues para llegar á decir que se ha enamorado de Felisa no es necesario que nos manifieste los trabajos que le ocuparon en sus primeros años, ni la parte que tomó en la batalla de Otumba, por muy curioso que sea á los eruditos averiguar que fué él y no Hernán Cortés quien la ganó, según la vulgar creencia. El carácter de Felisa me parece poco acentuado, pues no se explica bien que, después de su enérgica exclamacion

primer acto á unirse á D. Pelayo que ha levantado en Asturias la bandera de la patria, y que en el sétimo descargue los seis tiros de su revólver sobre el barba, pues esto es un anacronismo, que no disculpa la misma belleza de la agonía de la víctima, cuando dice:

El sexto tiro que en mi sien retumba  
me da claro á entender que me aborreces...  
ya me marchó á la tumba;  
desde su fondo rezará mil preces  
el vencedor de Jerjes en Otumba.

Existe además en su obra una dificultad insuperable. Acostumbrado el público á ver en una sola noche un drama entero, no creo que aceptaría la innovacion de asistir durante una semana al teatro, si ha de seguir todas las peripecias de la obra del poeta. Podría V. quitar quince ó veinte de los actos, y así quedaría más admisible.

Respecto á que el interés vaya decayendo, ese es defecto de poca monta, pues puede corregirse representándolo en orden inverso; esto es, empezando por el desenlace, lo cual le daría cierta novedad.

Adjunto es el talon para que recoja V. el ejemplar: se lo mando en pequeña velocidad, porque de otra manera costaría mucho el envío.

Siga V. trabajando con el ardor que le distingue, y mande V. el ejemplar corregido á Catalina, pues me consta que tiene pocas obras de la importancia de *El reto de los gigantes*.

De V. afectísimo amigo S. S.

Sra. Doña C. M. y P.  
(Valladolid.)

Muy Sra. mia: Comprendo su ansiedad y sus tormentos; pero es un mal irremediable. Los figurines no han llegado de París y no va V. á tener más remedio que esperar algun tiempo ó correr el riesgo de que no salga su traje á la última moda. Y acerca de este particular es inútil que V. invoque mi amistad y que yo moleste á mi amiga Pilar Sinués, pues tengo la evidencia de que no sabe todavía cuál es la moda de anteayer.

«Qué desgraciada soy!» exclama V. en un arranque de dolor. Ante tan justa expresion nada tengo que replicar, sino que la acompaño en el sentimiento; y para que mi carta no sea perdida, la terminaré con un consejo: Tenga V. paciencia hasta que llegue

el figurin, y para no aburrirse entreténgase en hacer hilas para los desdichados que caen heridos por el plomo enemigo en las provincias del Norte. ¡Habrá tantos que morirán sin saber cuál es la última moda y si los vestidos tienen sobrefalda ó no!

Siempre estoy á sus piés S. S.

Sr. D. E. B. Z.  
(Madrid.)

Amigo mio: El jóven per quien me pregunta usted sirvió efectivamente en mi casa y ahora creo que sirve en el ejército. Ha sentado plaza con muchas pretensiones, pues creo que trata de comer el rancho con cubiertos de plata. Sólo así me explico que le hayan acompañado en su desaparicion todos los cubiertos que fueron míos.

Sr. D. Ezequiel Perez Artalejo.  
(En donde se halle.)

Muy Sr. mio: Siento los percances que me relata usted; las persecuciones de que fué objeto por los liberales que le tenían por carlista y la paliza que le han dado los carlistas, por suponerle liberal. Esas peripecias son fruta del tiempo, y ya se irá V. acostumbrando á ellas. Respecto á la pregunta de si podrá venirse á Madrid, nadie mejor que V. puede saberlo, consultando previamente su bolsillo y los riesgos del viaje. Aquí vivimos ahora bastante tranquilos, y conformes con nuestra suerte, y en esta su casa, sin novedad que de lamentar sea. El miércoles último se aumentó mi familia con un varon, noveno de los que están alborotándose ahora. Ya es cristiano y ciudadano y demuestra que es un buen español: no cesa de mamar un minuto siquiera. Lástima que todavía no pueda hacerse cargo de mi triste situacion y de la cesantia que pesa sobre su padre desde que se verificó la revolucion de Setiembre.

Mande V. á su antiguo amigo, que desea verle, y le abraza.

Sr. D. Roque Galiano y Gonzalez.  
(Pozuelo.)

Muy Sr. mio: He recogido de la empresa del teatro de la Alhambra las cuarenta y tres comedias que se

## LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarria, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos Frontaura.

CAPITULO CUARTO.

Por María del Pilar Sinués de Marco.

Era un elegante y apuesto jóven el teniente de caballería Alberto de Sandoval.

A la manera de esos abismos sin fondo, cubiertos de verde yedra, esmaltados de campanillas rosadas y azules, de violetas y de alhelios salvajes; á la manera de esas simas terribles, cuya superficie es tan bella, tan apacible, tan fatalmente atractiva, así aquel hombre llevaba en el exterior todos los encantos que atraen y que encadenan, y en el fondo del alma la perversidad, el egoismo, la envidia y el ánsia devoradora de goces materiales, que es uno de los distintivos de nuestra época.

En trato continuo con Genaro, por los asuntos del servicio, le envidió primero el alto rango á que su familia pertenecía, pues era hijo de un general; la distinguida y selecta sociedad en que alternaba, sus ri-

quezas, y sobre todo el ser amado de una niña tan hermosa y tan pura como Consuelo Fajardo.

Una tarde en que paseaba Alberto de Sandoval, con un amigo suyo, por las alamedas de la Fuente Castellana, pasó una elegante carretela, tirada por dos hermosas yeguas torcidas: el carruaje estaba forrado de raso blanco; el tronco era magnifico; en el fondo se recostaba una señora jóven aún y con restos muy notables de belleza, y dos encantadoras jóvenes; dos niñas más bien, vestidas de blanco y rosa.

De las dos niñas, la una era trigueña, vivaz, llena de gracia y de animacion.

La otra, rubia, delicada como una miniatura, ideal como la Ofelia de Shakespeare: largos rizos dorados, sedosos y casi deshechos se escapaban de su sombrero, y caian por su espalda: sus rasgados ojos azules tenían una ligera inflexion hacia el cielo, como si mirasen más allá de las miserias de la vida. Eran, la jóven trigueña y alegre, Olvido de Monreal; la dama, su madre; la jóven rubia, Consuelo Fajardo.

Al pasar el carruaje, Sandoval miró á las personas que le ocupaban, y se estremeció.

—Ahí va, dijo á su compañero con voz algo trémula, una criatura que me tiene loco.

—¿La de los ojos negros? lo creo sin que lo jures: á mi tambien.

—No es esa, contestó malhumorado Alberto: ¿qué me importa á mí de esa niña vulgar y decidora?

—¿Hablas de la rubia?

—Sí... sí; de la rubia.

—Pues, querido Alberto, renuncia á ella; y si te impresiona demasiado, huye de verla.

—¿Qué dices? ¿la conoces?

—Como á tí.

—¿Quién es?

—La hija del general Fajardo.

—¿Cómo! ¿la novia de Genaro Monreal?

—La misma: ya sabes que está comprometida, que ama á otro, que es muy rica, y que pertenece á una gran familia.

Alberto guardó un sombrío silencio.

La carretela volvía: sus ojos se fijaron en el dulce rostro de la señorita de Fajardo, que, al ver la expresion de aquella mirada, sintió cambiarse en rosas el nácar de sus mejillas.

Aquel rubor, nacido del instintivo pudor de una alma virginal, fué traducido por Alberto de una manera muy equivocada.

—¿Habrá reparado en mí, como yo en ella? pensó: sentirá hacia mí alguna simpatía? ¿quién sabe! ese proyectado casamiento puede ser un convenio de familia: ¡es tan niña y parece tan inocente!

Y así, de reflexion en reflexion, fué internándose aquella alma fogosa en los risueños campos de la esperanza.

Cuando al día siguiente vió á Genaro en el cuartel, le pareció que una ola amarga le subía á los labios, y que otra ola de sangre le subía á los ojos.

¡Aquél era el hombre destinado por el cielo y por la tierra para ser el esposo de Consuelo!

Pero «el amor—dice Victor Hugo—es como un árbol: desafia las tempestades, se alza al borde de los torrentes, y muchas veces sobrevive verde y lozano en un corazon hecho ruinas.»

El amor modificó algun tanto los malos instintos y los lados hirientes del carácter de Sandoval: hijo de una familia distinguida, pero pobre, había tenido tantos hermanos, que la escasez le esperó al nacer, sentada al lado de su cuna, y le siguió siempre como su inseparable compañera.

Si no hay mucha elevacion, mucho sentimiento de lo bello en el alma, la escasez va degradando el orden de las ideas y volviendo descuidada una buena educacion. Sandoval, atendido á su sueldo, del que enviaba una parte á su madre viuda, y que aún tenía á su lado cuatro niños, se acostumbró á calzar mal, á llevar guantes ordinarios ó ningunos, y á pasarse en el café todas las veladas, sin ocupar jamás una butaca en los teatros, sin pisar un salon, fumando tabaco

servió remitirme para su representacion. Todas son bellisimas y me parecen muy á propósito para que las represente V. en su casa, delante de su amable esposa y de sus tiernos hijos. El éxito es seguro.

Sra. Doña Trinidad Gonzalez y Garcia de Gonzalez.  
(Valencia.)

Muy Sra. mia: La triste historia de su desventura me ha llegado al alma, y no acierto á explicarme, francamente, que Gonzalez, el tímido Gonzalez se haya convertido en el monstruo de iniquidades que usted pinta en su carta. El juego, el vino y las mujeres han sido en todas las épocas causa de las maldades de los hombres; pero eso de levantar muertos en el juego, eso de tomar una moneda cada tres ó cuatro horas y una amante cada dia, reservado estaba á Gonzalez, al infame Gonzalez, que tan ciega y horriblemente la tiraniza. Pero es el caso, mi respetable señora Doña Trinidad, que el mismo dia en que V. tuvo la bondad de escribirme, me escribió tambien Gonzalez, haciendo una triste é injusta pintura de V., de lo que gasta, de lo que tira, y por qué no he de decirlo? de lo que ama. Las cartas de Vds. se parecen tanto, que demuestran la simpatía que en sus almas existe. V. se queja de una bailarina y él de un capitán de carabineros. Si pudiéramos trasladar al teatro la vida real, yo me comprometia á desenlazar el drama, haciendo que usted y Gonzalez se reconciliaran y casando á la bailarina con el carabnero, para justificar lo cual haria que el capitán hablase en la exposicion de una muchacha á quien ha perdido y que despues resultaria ser la bailarina; pero como no se trata de comedias, sino de una triste realidad, les recomiendo que imiten una costumbre que creo procede de Saiza. Parece que en una de sus provincias existe la tradicion de que así que hay desavenencias en un matrimonio, ó los conyúges solicitan el divorcio, la autoridad judicial los encierra en su cuarto, donde sólo hay una mesa, una silla, una cama, un plato y un vaso. A los tres ó cuatro dias se les da libertad y,—vea V. qué cosa más rara,—todavía no se ha dado el caso de que insistan en separarse. Otro remedio hay para que Gonzalez vuelva arrepentido á los brazos de V.; pero esto repugnará á su filial corazón. De todas maneras, diré á V. que consiste en que V. haga que su mamá dé largos paseos por las afueras y rogar á Santés que la secuestre y pida el rescate á Gonzalez. En fin, señora mia, si mis anteriores consejos no sirven de nada, suscribase V. á los *Cuentos de salon*, y si despues de todo Gonzalez sigue pensando en la bailarina, abrácese Vds. en la azotea de su casa y tirense á la calle.

Crea V. en la sincera amistad que la profesa su seguro servidor Q. B. S. P.

Sr. D. Cornelio Garcia y Garcia.  
(Madrid.)

Devuelvo á V. el libramiento que me mandó por los haberes de la maestra Doña Paz. En la Tesoreria central sólo se pagan ahora las atenciones de guerra.

fuerte, y bebiendo rom, no del más flojo, ni del más legítimo de Jamaica.

¡Oh atraccion mágica de la gracia, de la delicadeza, de la elegancia! ¡Oh poder incomprendible de los contrastes! Ante la mirada de los azules ojos de Consuelo, Sandoval se avergonzó de sí mismo, y la noche del dia en que por primera vez la vió en la calle se cansó de su método de vida y se avergonzó del tiempo y del dinero que perdía en el café.

Pero en aquella alma profunda, en que las pasiones eran devastadoras, los sentimientos nobles y dulces hallaban poca cabida: una idea fija le dominaba: acercarse á aquella niña, hablarla, decirle que se habia hecho señora de su vida, y de grado ó forzosamente obtener su amor.

Acaso el tigre, al ver volar en el éter á la blanca paloma, tiene el deseo de ser amado de ella, hastiado de su misma fuerza y ferocidad, que á todos inspira terror.

Al empezar á sentir en su pecho la llama vivificante del amor, Alberto de Sandoval empezó tambien á avergonzarse del gran descuido de su persona: pocos dias despues, su alta estatura se erguia bajo la presion de su uniforme, completamente ajustado á un talle á la vez esbelto y varonil; sus ojos pardos,—que mirados á cierta luz tenían el verde profundo de las olas del mar,—reflejaban una sensibilidad y una dulzura que hasta entonces les habia sido ajena; su cabello castaño y abundante se rizaba naturalmente al derredor de su frente, de un corte bello y regular; su bigote largo y oscuro se ensortijaba en sus morenas mejillas: en medio de los delirios de su amor, algunas veces sonreia, y enseñaba su soberbia dentadura, blanca como el marfil y ya bien cuidada.

—¡Dios de las batallas! ¿qué le pasa á Sandoval, que se ha vuelto un dandy? exclamó una mañana al verle entrar en el cuartel el difunto Valentin Fajardo, que era alegre alguna que otra vez.

—Está enamorado, respondió sentenciosamente el que paseaba con Alberto en la Fuente Castellana la tarde que supo quien era Consuelo.

Sr. D. Sebastian Perez y Perez.  
(Zamora.)

Muy Sr. mio: Me pide V. noticias de una publicacion que tiene entendido se ha hecho en Madrid, no há mucho tiempo, titulada *El teatro de los ciegos*, y tengo el sentimiento de andar á tientas en la contestacion á su estimada y atenta carta. Lo único que sé es que el académico de la lengua D. Francisco Cutanda ha publicado en la biblioteca titulada *La familia cristiana* una obra que lleva aquel título, y que, segun he oido decir, tiene por objeto dar á conocer un descubrimiento que el señor académico ha hecho, consistente en un nuevo género de literatura dramática, cuyas bellezas se aprecien con el entendimiento y no con los ojos, por lo cual hasta los topes que no los tienen, ó al ménos de maldita la cosa les sirven, como aquellos de quienes habla la Biblia,—tienen ojos y no ven,—pueden gozar de todos los encantos del teatro.

Mis muchas ocupaciones no me han permitido examinar este curioso invento; pero más de una noche, en mis desvelos, me he dado de calabazadas en la cama tratando de adivinar qué será ó qué no será el descubrimiento del ilustre académico *Teatro de los ciegos*!... Este nombre se le puede dar con mucha propiedad á una buena parte del teatro español moderno más aplaudido, porque los que le han tolerado y toleran, indudablemente están ciegos. ¿Cómo no lo han de estar los que gustan por ejemplo de las zarzuelas bufas y de los excesos cancanescos de que viven una porcion de teatrillos y de autores de tres al cuarto? ¿Cómo no han de estar ciegos los espectadores que aceptan esa literatura fiambre, que consiste en refundiciones, retraduccioncs y repeticiones de una misma obra, mil veces vista y leida? ¿Cómo no han de estar ciegos los aficionados á la música que no ven plagiar-se hasta á sí mismos á los más eminentes maestros?

Por lo demas, si el estudio del Sr. Cutanda satisface, como me aseguran, á los que no tienen ojos en la cara y á los que los tienen en la cara y el entendimiento, digo que la Academia Española tiene suerte contando entre sus individuos al Sr. Cutanda, y que los que extrañaron su eleccion para aquel cuerpo literario empezarán á convencerse de que no supieron ver el mérito del autor de *Doña Francisca* y otras obras muy apreciadas.

Dios conserve á V. la vista y no tenga que utilizar el teatro de los ciegos.

Sras. D. A.; D. B.; D. C.; D. D.; D. E.

No es culpa nuestra si no reciben con puntualidad los números de EL CASCABEL.

El servicio de correos y los carlistas explican bien las faltas que repetidamente nos denuncian.

Con decir á Vds. que todavía no han parecido, despues de tres años, unos célebres paquetes de *Los Niños* que mandé á Barcelona, está dicho todo.

—Enamorado! repitió Valentin; y de quién? se sabe?

—Yo, sí.

—Dímelo: ¿me parece una cosa tan rara ver á Sandoval enamorado! su profesion de fe es decir que le gustan todas.

—Y tu hermana más que ninguna.

—¡Mi hermana! gritó Valentin saltando de su asiento, como si le hubiera mordido una víbora: ¿qué dices?

—No te alteres así, dijo el otro jóven conociendo el carácter de Fajardo: ha sido una broma mia: Sandoval halla á tu hermana muy bonita, como yo, como todo el que la ve: eso es natural.

—Consuelo está comprometida con Monreal, repuso Valentin, que ya se habia serenado, y que hallaba absurda la idea de su compañero; y debe ser lo que has dicho, una broma tuya; porque ¿cómo se habia de atrever ese pobre muchacho á pensar en ella?

Alberto, segun costumbre, acechaba todas las conversaciones del hermano de la que amaba, y oyó ésta sin perder una sílaba: la palidez de la cólera vistió su rostro, y desde aquel instante dedicó á Valentin un odio profundo.

Fruto amargo de aquel odio fué su impasibilidad para verle morir atravesado por la espada de Genaro.

Algunos dias despues de esta conversacion, Sandoval fué á casa de Fajardo con una comision del coronel acerca del servicio: nombrados Valentin y él para defender una causa, tenían que ponerse de acuerdo; la madre de Valentin le recibió en el salon, porque su hijo no estaba. Era una señora distinguida, amable, bondadosa; escuchó atentamente lo que dijo Alberto para trasmitirlo á su hijo, y una lágrima de orgullo maternal humedeció sus ojos al oír el elogio que le hizo Alberto de aquel hijo, á quien amaba con la adoracion de las madres cuando el que han llevado en su seno es el único varon.

La condesa de Campoverde preguntó á Alberto si tenía madre, á lo que éste contestó afirmativamente, haciendo el elogio más tierno, y, preciso es confesarlo, el más sincero de la suya.

CARTA DE ANDALUCIA.

A TEODORO GUERRERO  
Sevilla 11 de Marzo de 1874.

Mi querido amigo, compañero y ex-consocio en la Alhambra, y no la de Granada: En verdad te digo que debes agradecerme esta carta, que es, en esta circunstancia, la mayor prueba de cariño que puedo darte, porque desde que entré en esta tierra de María Santísima no tengo maldita la gana de escribir, así Dios me salve, y si quieres saber el motivo no veo inconveniente en decirte que es la tristeza, la profunda tristeza que se ha apoderado de mí en este país clásico de la alegría y el buen humor, en este país sobre el que el Omnipotente derramó todos sus dones. Que me gustá mucho, muchísimo este país de la gracia y el donaire, no hay para qué decirlo; si no me gustara sería yo el hombre más extravagante del mundo; pero por lo mismo que me gusta por extremo, es mayor mi tristeza al considerar cómo le han puesto sus propios hijos convertidos en orates con el pintoresco nombre de cantonales, socialistas, etc., etc. Aquí, en la ciudad culta por excelencia, en Cádiz, nació la gloriosa, y luégo ha nacido el cantonalismo.

¡Qué funesto recuerdo ha dejado en todos los hombres honrados el dichoso cantonalismo! No hablan de otra cosa las gentes, que aun no han vuelto de su sorpresa, que aun les queda algo del estupor que les causó ver tan de cerca las tristes consecuencias de las criminales predicaciones demagógicas. Y lo que mejor prueba el horror que inspira esa calamidad política y social, es el gran aprecio en que todas las personas sensatas tienen aquí al general Pavía, el de los quevedos, que tuvo la suerte de dar en la cabeza al cantonalismo de Andalucía, y luégo al de toda España haciendo en Madrid aquella hombrada del 3 de Enero, que se habia hecho, si ha de hablarse en puridad, indispensable é inevitable.

El que logre—ojalá sea pronto!—pacificar á España será el hombre más dichoso del mundo, porque tendrá la gratitud eterna de su patria, que nunca se ha visto en mayores peligros. Todo el mundo, en todas partes, suspira por la paz y mira con espanto esa guerra con que la tenacidad carlista está acabando de arruinar al país, que no necesita más que paz y poca política para ser el país más venturoso del universo.

Poca política he dicho? Ahí está el *quid*, Teodoro amigo; eso de pedir poca política á los españoles es pedir peras al olmo. Nos ha dado por ahí. En el Puerto de Santa María, en el precioso y solitario paseo de la Victoria, preguntó á una ilustradísima persona de la poblacion, que me acompañaba:—¿Y qué hace aquí la gente, que no viene á paseo?—Diré á V., me contestó; aquí los hombres beben vino y hablan de política, y se observa que ésta se les sube á la cabeza más fácilmente que aquél.

Lo mismo sucede en todas partes; ¿quién puede negar que en Madrid son las tabernas, desde hace algun tiempo, centros políticos? Tomal y más de un tabernero, si no mienten mis informes, ha sido poco ménos que personaje político, más personaje y más influyente, pongo por caso, que tú y yo, que, habiendo echado por el camino del trabajo y el estudio, no te-

Aun duraba su visita, cuando entró Genaro Monreal, que preguntó por Valentin.

—Vendrá luégo, respondió la condesa; pero ¿no te sientas?

—No, contestó Genaro: sólo vengo á decir á Consuelo, de parte de mi hermana, que la envíe el bordado que se dejó anoche.

—¿Quieres llevárselo tú? preguntó la condesa, que trataba á Genaro y á Olvido como á sus propios hijos.

—Sin duda; me vuelvo á casa, porque mamá no está buena.

—Yo iré á verla luégo, dijo la condesa.

Tiró de la campanilla, y mandó á la doncella, que acudió, que trajese el bordado de la señorita Olvido.

Alberto esperó por un momento que la condesa hiciera llamar á Consuelo, pero fué vana su esperanza.

—Me marchó, condesa, dijo Genaro, no bien recogió, liado en un papel de seda, un pañuelo de batista que bordaba Olvido.

—Y yo tambien, añadió Sandoval. Señora, á los piés de V.

La condesa se puso en pié; alargó su pequeña y fina mano al jóven, y le dijo amablemente:

—Esta casa es de V., y los amigos de mi hijo son siempre vistos en ella con mucho gusto por el conde y por mí.

Alberto se inclinó para ocultar la alegría que le asomaba á los ojos: su objeto estaba cumplido.

—Adios, hijo mio, añadió la madre de Valentin, estrechando la mano de Genaro: dentro de media hora pasará á ver á tu madre.

—¿Y Consuelo? preguntó Genaro.

—Salió con su hermano, que deseaba le hiciese ella algunas compras: dejaré dicho que, cuando vuelvan, vayan á buscarme á tu casa.

Los dos oficiales salieron, deteniéndose en la puerta de Genaro para despedirse.

(Se continuará.)

nemos la más leve esperanza de llegar á ser cosa de provecho en este país donde, para serlo todo, no hay más socorrido recurso que no ser nada.

Cádiz está poco animado, el comercio ha sufrido mucho, y las gentes no olvidan fácilmente las amarguras pasadas. Los ricos y ruiseños Puertos Real y Santa María, la incomparable Jerez, cuentan con pena las hazañas cantonales. En esta última población hay una buena compañía dramática, de la que forma parte la excelente actriz italiana Carolina Civili, que, casada con un actor español, se ha hecho española, y en nuestro idioma interpreta las mejores obras del repertorio castellano y algunas italianas acomodadas á nuestra escena y á nuestro lenguaje.

En Sevilla, la alegre Sevilla, hay naturalmente mayor animación, pero no la que había en otros tiempos en que yo la visité; tiempos ominosos, según los llaman los grandes políticos que nos han hecho dichosos; pero si aquellos tiempos de paz eran ominosos, éstos... Doblemos la hoja. La calle de las Serpes está como siempre, concurrida, y para oír chistes y donaires no hay como dar de noche un paseo por ella. La niña en estado de merecer, la mamá frescota y bigotuda, el señorito presumido, el vendedor de agua, la gitana de rumbo, la niña picaresca, el majó, hasta el pobre sin piernas que pide limosna, todos dicen con la mayor seriedad agudezas que prueban el feliz ingenio de los nacidos bajo este ardiente sol, en esta tierra, que es el salero de España. No comprendo cómo gente tan aguda y resalada se ocupa en política, que es la cosa más pesada y enfadosa que se puede imaginar.

En estos teatros actúan dos compañías dramáticas; dirige la del de San Fernando el concienzudo Victorino Tamayo, y forma parte de la misma nuestra gran actriz Teodora Lamadrid, á quien los sevillanos aplauden con entusiasmo, como merece ser aplaudida una artista de tan notable talento. Hoy hace para su beneficio el drama *Adriana*, en el que siempre logra envidiable ovación. Verdad es que el gran papel de *Adriana* no hay quien como Teodora lo represente. En el teatro de Cervantes está el conocido y apreciable Perico Delgado, que ahora prepara la representación del excelente drama de Hartzensbusch *El mal apóstol y el buen ladrón*, obra tan bien pensada como admirablemente escrita, y que no puedo comprender cómo no se hace en los teatros de Madrid. Algo más propio del tiempo de la Cuaresma es la obra de nuestro querido Hartzensbusch para representarla en ese Teatro Español que la *fiéris* de *Las Manzanas de Oro*.

Con que Alicia no gustó en la Zarzuela?... Desde que oí el título y supe que el autor llamaba idilio á su obra temí un resultado funesto. No estamos en tiempos de idilios ni en zarzuela. Sin haberla visto me figuro ya toda la inocencia lírico-dramática, digámoslo así, de que estará revestida la sencilla y malograda Alicia.

Y qué hay de cosas?... Y el Norte?... Y los radicales?... Y la Milicia?... Y Sepúlveda? ¿se va convenciendo ya de que debe casarse?... Y Trueba?... Dale la enhorabuena por su artículo de *Vallehermoso*. Ese pícaro es tan bueno como el pan, y si todos fueran como él, otra sería la suerte de España. Mis recuerdos afectuosos á tu familia, y á los citados, y á Arnao, que aun no ha dejado de ser poeta en estos prosaicos tiempos, y á Ossorio, el trabajador incansable, y á Nombela, el gran proyectista, y proyectista con mucho pesqui, y á Razetti, nuestro compañero, y á los actores de la Alhambra, y en fin, á todos los que pregunten por mí, como dicen los quintos en la primera carta que escriben á sus padres despues de entrar en caja.

Pronto volveré á esa exposicion permanente de la industria política.

A Dios que te guarde, como dice mi tocayo el de Este y Austria. Te quiere tu amigo y compañero.—No hace falta la firma.

## BIBLIOGRAFÍA.

*Mujeres del Evangelio*: cantos religiosos, por Larmig. Segunda edición aumentada con el canto titulado *La hija de Jairo*.—Prólogo del Sr. Nuñez de Arce. Cuatro palabras acerca de esta segunda edición por el Sr. D. Pedro D. Montes. Con licencia eclesiástica. Madrid, 1874, imprenta de Aribau y compañía.

El censor eclesiástico dice refiriéndose á este libro: «Nada he encontrado que, en mi concepto, se oponga á la pureza de la fe católica y sana moral: al contrario, se ajustan (sus cantos) perfectamente al texto sagrado, mueven el corazón con sus bellas imágenes, tan piadosas como edificantes. Por consiguiente, su impresión y publicación harán tan gran bien á la Religión Católica Apostólica Romana, como honrarán á su inspirado autor.»

No puede darse juicio más conciso ni más exacto al propio tiempo del mérito de la obra, y nos limitaríamos muy gustosos á no desvirtuarlo con nuestras pobres reflexiones, si la historia de la misma obra no lo exigiera en cierto modo.

La firma con que se encabeza no es seguramente una garantía: nadie conoce á Larmig en los círculos literarios; nadie le ha visto alborotando en la tribuna del Congreso, quitando reputaciones en el saloncillo del Príncipe, ni lanzando atrevidas afirmaciones en los cafés. Larmig debe ser, por lo tanto, un anagrama, una combinación acróstica, ó un pseudónimo puramente convencional. Respetemos la modestia del autor, y fijémonos en su obra, reclamada por el público antes de ser conocida por completo, y lo que es más admirable, adquirida por un editor antes de ser escrita.

Hace algun tiempo que se publicaba uno de sus cantos en *La Ilustración Española*, sin que el director de dicho semanario conociese al autor: un amigo suyo se lo había proporcionado, ocultándole el nombre del poeta. Aquel canto alcanzó el envidiable privilegio de ser juzgado con justicia por el público y de no pasar desapercibido para la crítica: el uno y la otra señalaron sus múltiples bellezas, y el editor de *La Ilustración* empezó á recibir numerosas cartas de sus abonados, que podrán concretarse en la siguiente fórmula: ¿Cuándo publica Larmig otro de sus poemas literarios? Y lo más raro del caso es que la persona consultada no podía responder á los suscritores; desconocía á Larmig, y hasta ignoraba por qué conducto le habían entregado la composición objeto de tan favorables juicios. Entónces comenzó una serie de investigaciones, y cuando el éxito coronó sus esfuerzos aseguró la terminación del libro y contestó á los lectores de *La Ilustración* dándoles un nuevo canto de Larmig.

Seis fueron los que comprendía la colección, que publicó el Sr. de Carlos, impresa con gran lujo, y á la que precedía un prólogo de D. Gaspar Nuñez de Arce. Sus títulos: *Maria*, *Magdalena*, *La Samaritana*, *La mujer adúltera*, *Marta*, y *Berenice*. Un canto más se ha unido á los citados, en la segunda edición: el de *La hija de Jairo*. En todos ellos resplandece el sentimiento poético, la cristiana inspiración que debía guiar la pluma encargada de retratar tan poéticas figuras. La expresión más sublime del amor maternal, la purificación de la pecadora por el amor y el arrepentimiento, la creencia intuitiva de la verdad eterna, el perdón de la adúltera, la fe poderosa y la caridad enérgica y resuelta, tales son los asuntos tratados por Larmig. En todos ellos domina el sentimiento cristiano, cambiando solamente las figuras y los lugares. Larmig siente, y sabe, por lo tanto, hacer sentir: se fija en un tipo, le reviste de formas tan exactas como poéticas, y cuando traslada al papel un retrato, no ha hecho más que copiarle del fondo de su alma, donde se halla impreso.

El canto consagrado á Maria, el primero y uno de los más bellos de la colección, escrito en octavas reales, pinta admirablemente la vida de la Madre de Jesus desde el momento de la *Anunciación*, en que

«El rostro ebúrneo de rubor cubierto  
escucha al ángel la mujer bendita,  
y empieza ya á sentir germen despierto  
de ajena vida que su seno agita.»

hasta su gloriosa *Asunción*, haciendo detenido descanso en el Calvario. Escuchemos al poeta:

«Y ora tras mí venid.—En el ocaso  
el sol se va apagando lentamente,  
y de la luna el resplandor escaso  
entristece los campos del Oriente.  
Hacia el Calvario enderezad el pase;  
silencio sepulcral hiela el ambiente;  
allí al pie de la cruz llora María  
en pavorosa soledad sombría.»

Lívida, demudada y macilenta  
con ambos brazos á la cruz se anuda;  
viendo muerto á Jesus y que ella alienta,  
de la verdad de su desgracia duda;  
ya en lastimera voz su mal lamenta,  
ya el supremo dolor la deja muda.  
¿Cuál padece la Madre desolada,  
sin clavos y sin cruz crucificada!...

El ser por cuya mano poderosa  
en alto pedestal te hallas alzada,  
quiso sin duda ver tu frente hermosa  
con tres santas coronas adornada;  
de Madre la diadema esplendorosa,  
de Virgen la guirnalda inmaculada,  
y la aureola inmortal, cándida y pura,  
de la no merecida desventura.»

Y el poeta termina su canto con una bellísima invocación, que reproduciría aquí si no temiera, de cita en cita, hacer una copia entera de su libro.

Peró si desisto de transcribir nuevas octavas del canto idealista dedicado á la Virgen, no puedo resistirme al deseo de que conozcan nuestros suscritores el retrato de Magdalena pecadora.

Dice Larmig:  
«Y entre todas descuella,  
como en florido edén rosa encendida,  
Magdalena la bella,

de mirada atrevida,  
de turbulenta y desastrosa vida.  
Cuando lanzando el sol destellos rojos  
se sepulta en el mar, de su morada  
vedla salir; de fuego son sus ojos,  
y es su boca la flor de la granada;  
la túnica azulada  
con áureo cinturón va recogida;  
con sandalia oprimida  
sujeta su pié breve;

lascivo, prisionero,  
nítido como el ampo de la nieve;  
blanco velo ligero  
más señala que encubre los hechizos  
de su turgente pecho levantado,  
y ondula por la espalda el destrenzado  
cabello en luengos vaporesos rizos.  
Y esa hermosa tan joven y gallarda  
es cincelado vaso de oro puro,  
que sólo flores agostadas guarda,  
ruina que encubre diamantino muro.  
Sin escuchar la voz de los deberes,  
son su idea constante  
fingir pasiones, inventar placeres,  
y cada sol conoce nuevo amante.»

No teman nuestros lectores que Larmig se extravíe de su camino: si parece complacerse en pintar la belleza humana de la pecadora, sólo lo hace movido del deseo de que brille más el contraste. Magdalena ha escuchado á Jesus, sigue sus pasos; pero no se atreve á mirarle ni hablarle.

«¿Qué súbito pesar su pecho oprime?  
Con vergüenza se mira;  
recordando su vida se estremece;  
y el aire triste que en su torno gime,  
murmullo de sus culpas le parece.»

Peró el deseo de Magdalena no es irrealizable; el arrepentimiento lo ha hecho posible. Jesus, que deja su rebaño para buscar á la oveja descarriada no fulminará su castigo contra la pecadora arrepentida, sino que la dirigirá las siguientes frases de consuelo:

«Mujer, há tiempo que tu mente sigo;  
mujer, há tiempo que tu voz escucho,  
cuando en tu pensamiento hablas conmigo:  
yo te perdono, porque amaste mucho.»

De género muy diferente *La Samaritana*, contiene no menores bellezas; es un poema puramente lírico en la forma, aunque sus estrofas encierran pensamientos de la mayor profundidad. He oído á más de un amigo expresar la opinión de que *La Samaritana* es el canto más perfecto de Larmig: esta opinión, como cuantas tiendan á combatirla, me parecen aventuradas. Para mí, todos son mejores.

¿Puede darse nada tan perfecto como el encargo de Jesus á su discípulo querido en *La mujer adúltera*? ¿Puede pintarse con más encantadora verdad la virtuosa existencia de Marta y su purísima fe, ni con mayor grandeza y sencillez la resurrección de Lázaro? ¿Puede darse, en el género descriptivo, pintura como la que hace de la peste? ¿Puede darse escena más dramática que la caridad de Berenice al caminar Jesucristo al lugar del suplicio? ¿Podrá luchar con ventaja contra los siguientes versos que inspira á Larmig la caridad?:

«La caridad asoma bondadosa,  
la blanca sien ornada de azucenas;  
la virtud que consuela y que sublima,  
que al prócer honra y al mendigo anima,  
que halla su propio bien en el ajeno.  
¡Virtud que viste con sus ricas galas  
de cuantos sufren el desnudo seno!  
Ángel que huella de la tierra el cieno  
sin que se manchen sus nevadas alas;  
rosa siempre fragante,  
bella como las flores que da Mayo,  
pura como del alba luz brillante,  
y más fecunda que del sol el rayo;  
virtud que en las borrascas de la vida  
es isla de reposo bendecida,  
y que la ley universal proclama  
diciéndole al mortal: ¡Espera y ama!»

El que de semejante manera siente y escribe, es un poeta de primer orden: la oscuridad en que voluntariamente se ha envuelto no ha de ser motivo á privarle de una justa reputación, ni del envidiable lugar que ha sabido conquistarse con *Las mujeres del Evangelio* en el Parnaso español contemporáneo.

Peró su libro tiene el doble mérito del que intrínsecamente encierra y el de la oportunidad; es una solemne protesta contra la impiedad, una valiente censura contra el torrente que tiraniza las creencias católicas, una sentida queja por los excesos de la humanidad. un dulce y consolador recuerdo de lo que fué. En sus páginas, pocas por desgracia, descuellan los más elevados pensamientos, las más tiernas imágenes, la más pura y brillante inspiración.

Entre los escasos recuerdos gratos que deja la vida del periodismo uno de ellos es para mí el haber sido

de los primeros que señalaron la aparición de Larmig en el campo de las letras, y uno también de los primeros que consagraron un artículo á la primera edición de su libro augurándole un brillante porvenir. Al dar cuenta hoy de haberse publicado una segunda edición de Las mujeres del Evangelio, más completa, y tan económica que está al alcance de las más modestas clases sociales, no puedo menos de enorgullecerme y exclamar:

—; Yo también he sido profeta!

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

EL TIPO DE LA MUJER.

IX.

NINGUNA!

A RICARDO SEPULVEDA.

Tengo tu misma opinión, y voy en esta ocasión á decir al mundo entero que escribe muy bien Guerrero, pero no tiene razón.

Porque haya dado su mano con suerte tan peregrina, ¿qué nos prueba en castellano?

que una sola golondrina no constituye el verano.

De cada treinta maridos, verás catorce aburridos, dos dementes, ocho hastiados, los otros seis divorciados, y los treinta arrepentidos.

Si él tiene fortuna tal que convierte en celestial la matrimonial mansión, sólo prueba una excepción de la regla general.

No te quepa duda alguna que es sólo de él la fortuna, pues para novias, si quieres, sirven todas las mujeres; para casadas, ninguna.

Yo nunca estuve casado; pero lo tengo observado en cien casas que visito: un marido es un criado vestido de señorito.

Un ser que está en el deber de acariciar á otro ser que es su feroz carcelero; un hombre, en fin, prisionero de un tirano, su mujer.

Un ciudadano cautivo que pasa por mandatario, y en el orden positivo es sólo rey honorario, y su mujer efectivo.

Con éstos antecedentes, ¿por demas incongruentes, á decirte me anticipo que, sea cualquiera el tipo, tiene mil inconvenientes.

Aunque llegues á encontrar el tuyo, para evitar que te resulte un petardo, antes de matrimoniar,

piénsalo mucho, Ricardo. Mi vecina, la de enfrente, era una chica excelente, sencilla, buena, hacendosa, inocente y candorosa (sin agraviar lo presente).

Se casó con un hortera, y al mes el pobre decía con voz grave y lastimera:

—Mi mujer es una arpía disfrazada de cordera.

Como éste hallarás dos mil, que con acento febril dirán, lanzando un suspiro:

—No habrá algún guardia civil que quiera pegarme un tiro?

Piensa en que son peligrosas en general las esposas; que el hombre no es infalible, y en que no hay tipo posible tratándose de estas cosas.

Piensa en esto, y mucho más que no cito, porque estás al tanto como el primero, y consérvate soltero, que vale más, mucho más.

Que yo, para mi fortuna, sigo esta norma oportuna:

«Para novias, si tu quieres, sirven todas las mujeres; para casadas, ninguna.»

LUIS TABOADA.

CASCABELES

Pregunta un periódico si es cierto que en la Casa Nacional de la Moneda se están acuñando todavía centenes de oro con la fecha de 1868 y el busto de Isabel II.

Ignoramos el fundamento de la pregunta, porque hace mucho tiempo que no sabemos lo que es moneda de cien reales.

Suponíamos que, de existir alguna, estaría en el Museo arqueológico.

Parece que los filibusteros preparan nueva expedición contra Cuba: El Cronista de Nueva York y algunos periódicos madrileños lo dicen así, dando al Gobierno la voz de alerta.

En los Estados Unidos se han verificado en 1873 nada menos de 5.183 quiebras comerciales, que representan un pasivo de 218.199.000 dollars.

El comercio de bragueros debe prosperar notablemente en un país de tantos quebrados.

Como no podía menos de suceder, el periódico ilustrado El Bazar ha alcanzado gran éxito. Es un álbum ameno, instructivo, y por un precio sumamente barato ofrece en cada número gran copia de grabados.

El segundo que ha visto la luz contiene una lámina de la novela de Fernandez y Gonzalez, una vista del arco del Alcázar de Avila, otra del magnífico Teatro Nacional de Praga, el interior de la catedral de Burgos, una reproducción de la estatua de Safo, notable escultura de D. Elias Martin, un episodio de la guerra civil, un tipo de carlista guipuzcoano, y un juego de óptica titulado Los espectros.

Parece que todos los Bancos de provincias se refundirán al cabo en el de España. Problemas: dada la magnitud del Banco, averiguar la longitud de la cola.

Lo que pasa en Madrid no pasa en ningún otro pueblo del mundo conocido.

Ultimamente se ha celebrado un magnífico banquete en el café Europeo. ¿A qué no aciertan Vds. quienes eran los comensales? Los individuos de clases pasivas!

La primera tiple del teatro de la Zarzuela, señorita Franco, va á contraer matrimonio con nuestro amigo el Sr. D. Enrique Salas. Esto es lo que se llama firmar una contrata vitalicia con un empresario.

Deseamos mil venturas á los nuevos cónyuges.

Con el título de Historia de un corazón ha publicado un nuevo libro el Sr. D. Emilio Castelar.

No lo conocemos todavía; pero seguramente será cosa buena. Castelar, orador y literato, se ha empeñado desde hace muchos años en perjudicar á Castelar político.

Supongo que no dejarán Vds. de comprar las Mujeres del Evangelio.

Que no sirva de disculpa decir que ya las conocen ustedes por el juicio crítico de nuestro amigo Ossorio y Bernard, que insertamos en este número. Para apreciar todo lo que vale el libro, es preciso entregar previamente lo que cuesta. Y en este punto, el valor y el precio están en relación inversa.

El Sr. Ladevese va á publicar una obra titulada Los hijos de las calles.

No sabemos que las calles estuvieran en estado interesante, ni áun siquiera que hubieran contraído matrimonio.

La galería de retratos del Ateneo se ha aumentado con uno del Sr. Moret, admirablemente pintado por D. Federico Madrazo. El retratado parece que está hablando... contra el sistema proteccionista.

Ayer leían unas señoras los consejos del Dr. Lanoix para la revacunación.

—Es una farsa! exclamó una de ellas. Un amigo mio acababa de revacunarse; se cayó desde el balcón de un piso cuarto, y quedó muerto en el acto. Luego dirán que no hay peligro para una persona así que vuelve á vacunarse.

Se ha repartido el núm. 7.º, tome IX, del periódico Los Niños, que contiene varios bonitos grabados y las siguientes materias: El fuego y las chimeneas, por Lebrun; Efemérides españolas; El Divino Pastor; Carlos Llano, por Segade Campaamor; Escenas infantiles; El canto del burro, cuento popular por D. Antonio de Trueta; Un sueño, por Planell y Argüelles; Sentimientos morales; Problemas; El bien futuro, fabula de Ossorio y Bernard.

El negociado de problemas ha llegado á ser uno de los más importantes de la publicación infantil, que sigue alcanzando creciente éxito.

En Londres va á verificarse una exposición de vinos. Cuando llegue la distribución de premios no es dudoso que todos los miembros del Jurado entonarán muy alegres á coro el aria de una conocida zarzuela:

Jerez de la Frontera, tuya es la gloria, etc., etc.

Si no fuera profundamente triste, sería ridículo en sumo grado el siguiente proyecto de un periódico de instrucción primaria: el mismo día y hora se reunirán en las capitales de provincias todos los maestros de ellas á quienes se adeuden cantidades (que serán los más), y precedidos de una bandera negra, donde con letras marillas diga: «España y su vergüenza,» y al otro lado: «El hambre cierra las escuelas,» bandera que llevará el maestro más necesitado y peor vestido, recorrerán todas las calles de las capitales, y con el mayor orden se retirarán y cerrarán sus respectivas escuelas.

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Plaza de Matute, núm. 2.

¡DESDE EL CIELO!

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

original de

DON CARLOS FRONTAURA

representado con gran éxito.

Se vende á 4 rs. y se manda á provincias á quien remita el importe.

Esta obra, por su sencillez, por su moralidad, y por no tener más que cuatro personajes, es muy á propósito para ser representada en casas particulares y sociedades dramáticas.

Administración de El CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

OBRA NUEVA.

Fábulas morales escritas en variedad de metros, por D. Raimundo de Miguel, un elegante tomo en 8.º, su precio en rústica 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Se vende en todas las librerías.

L' ILLUSTRATION DE LA MODE.

RUE DE VERNEUIL, 22, A PARIS.

Le plus beau et le meilleur marché de tous les journaux de modes.

HUIT FRANCS. 40 CENTS. PAR AN.

Pour L'Espagne.

Paraissant une fois par mois, composé de dix toilettes au moins, d'une superbe gravure de modes, colorée, de modèles de confections, de lingerie, de coiffures, ouvrages de dames, etc.; d'une planche de patrons, d'une chronique sur la mode, les théâtres, les beaux-arts, de nouvelles; correspondances avec les abonnés et rébus, etc.

Un numéro est adresse gratuitement á toute personne qui en fait la demande par lettre affranchie.

On s'abonne chez M Carlos Bailly-Balliere, librería, Plazuela Santa Ana, 10, á Madrid.

EL MUNDO CÓMICO.

SEMANARIO CON CARICATURAS.

4 RS. AL MES.

Se suscribe en la Administración de El CASCABEL, Plaza de Matute 2; y en todas las librerías, y en la Dirección, Plaza de San Nicolás, núm. 7.

TEATRO INFANTIL.

Tres comedias para niños, tituladas El octavo mandamiento, La Cruz Roja y Una lección de historia, 4 rs. en Madrid y provincias. Dirijanse los pedidos á la Administración de Los Niños, Plaza de Matute, 2.

Una señorita de buena educación que por accidentes de familia se halla en desgraciada situación, desea hallar una señora sola á quien acompañar, ó bien una familia que tenga hijas para asistir á éstas. También se encuentra apta para aceptar la pasantía de un colegio de niñas ó para ponerse al frente de un establecimiento. Tiene personas de respeto que respondan de su buena conducta.

En la tienda de ultramarinos, calle de San Vicente Alta, núm. 30, y en la Administración del CASCABEL, plaza de Matute, 2, darán razón.

LA PRIMERA EDAD

con preciosos figurines iluminados, y lindos juguetes. Se admiten suscripciones á este precioso periódico á 22 rs. por año. Plaza de Matute, 2.

IMPRENTA DE EL CASCABEL.

Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos).